

ECOFEMINISMO: UNA CRÍTICA AL PATRIARCADO

Karina Luna Islas¹

Posgrado en Filosofía

Universidad Nacional Autónoma de México

Si nos volviéramos más humanos, si hombres y mujeres se vuelven amigos, camaradas, socios, en la empresa ética de toda la vida y lo vivo, lograremos al mismo tiempo ser hermanas y hermanos de los animales y de nosotros mismos y podremos convivir en una armonía creciente para enfrentar entre todos los retos que la vida siempre impone.

JORGE SILVA, *El largo peregrinar hacia la humanización.*

Introducción

Comprender lo que significa ser un ciudadano o ciudadana de la Tierra equivale a promover la *eco-ética* y la vida de lo natural que consiste en reflexionar en la elección que tenemos como seres humanos de perder nuestra exacerbada libertad cuando ésta pone en riesgo a algún otro ser vivo. El movimiento feminista y el movimiento ecologista han cobrado especial importancia en las últimas décadas para ayudarnos a reflexionar sobre esta situación. Muchas pensadoras y pensadores feministas han argumentado que los objetivos de estos dos movimientos se apoyan mutuamente cuando, esencialmente, ambas corrientes de pensamiento bus-

¹ Maestra de Filosofía en el área de Ética por el Posgrado de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestra y especialista en Estudios de la Mujer por la Universidad Autónoma de México-Xochimilco. Licenciada en Filosofía por la Universidad Autónoma de México-Iztapalapa. Actualmente trabaja como docente/tutora/investigadora dentro del Instituto de Educación Media Superior de la Ciudad de México. Correo electrónico: allegralibertad@gmail.com



can desarrollar perspectivas y prácticas globales que no estén fundadas en sistemas de dominación. La concepción que aquí se utilizará de *ecofeminismo* ha sido retomada de Karen Warren (1996), ya que funciona dentro de este ensayo para señalar que, de la misma manera que no hay un sólo tipo de feminismo, tampoco hay una sola perspectiva ecofeminista, ni una única filosofía feminista. Ella aclara que el *Feminismo ecológico* es “el nombre que recibe la variedad de perspectivas feministas que se ocupan de estudiar las conexiones entre la dominación de la mujer (y otros oprimidos), y la dominación de la naturaleza” (pp. 12-13). Nos indica Warren que la *Filosofía ecofeminista* es el nombre que recibe la cantidad tan diversa de estudios filosóficos que examinan las diferentes conexiones entre el feminismo y el medio ambiente, al mismo tiempo que las diversas perspectivas reflejan no sólo diferentes posturas feministas (liberal, tradicional, marxista, radical, socialista, etc.), sino que también manifiestan comprensiones diversas de la condición y de la solución de los apremiantes problemas medioambientales. De modo que todavía es una cuestión abierta decidir cuántas, cuáles o con qué fundamentos las posturas sugeridas son adecuadas expresiones *ecofeministas*.

Qué posición *ecofeminista* se considere genuina consiste en su mayoría de cómo se conceptúe ambos términos: *feminismo* y *feminismo ecológico*. Por ello será necesario considerar los fundamentos de estas concepciones y cuáles son las descripciones precisas de cada una, las características y el origen de estas dominaciones gemelas que abordan la perspectiva de la mujer y de la naturaleza como primordial aspecto para ser consideradas posturas debatibles dentro de las *filosofías ecofeministas*.

De esta manera, se ha de considerar lo que Warren (2003) ya afirmaba a través del feminismo ecológico o el ecofeminismo, a saber, que existen vínculos entre la dominación de la mujer (y otros oprimidos) y la dominación de la naturaleza, y que la falta de reconocimiento de estas conexiones genera concepciones y prácticas jerárquicamente inadecuadas en relación con la Naturaleza. La autora dice que “el movimiento feminista y el ecologista han colaborado mutuamente ya que, esencialmente, ambos buscan desarrollar perspectivas y prácticas globales que no estén fundadas en sistemas de dominación” (p. 11). Al mismo tiem-



po, logra mostrar cómo el patriarcado es el causante del violento trato en relación con la especie y lo vivo.

1. Ecofeminismo frente al patriarcado

Partir de una perspectiva ecofeminista es preciso si lo que se requiere es contemplar la libertad de actuar desde la visión de las mujeres en favor de la naturaleza, para dotar de significación nuestra existencia y reconocerla como lo más importante, primigenio y valioso para el ser humano. Byug Chul Han (2019, p. 78.) dirá que la humanidad tiene urgencia de cercanía con la Tierra (a diferencia del sistema patriarcal), dirá que es preciso buscar el modo y reconocer que ellos (refiriéndose a las plantas y a los animales) son lo que nosotros fuimos; son lo que hemos de volver a ser. Sostiene el autor que fuimos naturaleza como ellos y nuestra cultura debe llevarnos de vuelta a la naturaleza por vía de la razón y la libertad. Por eso aquellos son al mismo tiempo una imagen de nuestra infancia perdida, que eternamente seguirá siendo para nosotros lo más querido, y por eso nos llenan de una cierta añoranza. Al mismo tiempo, señala que es justo reconocer que todo lo que está contenido en la Naturaleza son imágenes de nuestra suprema consumación en el ideal, y que por eso nos permiten experimentar las emociones más sublimes a las que puede aspirar un ser humano. Pero, para llegar a dicho reconocimiento en primer lugar, se precisa considerar algunas observaciones en torno a la visión patriarcal que ha construido las relaciones humanas con respecto a las mujeres y la naturaleza.

Hablar del *Patriarcado* (Puleo, 1995) significa reflexionar un sistema económico, social y cultural que actualmente continúa imperando en detrimento de la condición de las mujeres, vislumbradas en equiparación con la naturaleza. Considerar este paradigma patriarcal significa tomar en cuenta una vía para propiciar respeto y promover el cuidado de la Tierra de la cual dependemos y por la que, de manera ineludible, deberíamos urgentemente iniciar un reencuentro y reconocimiento para detener así su acelerado deterioro. Por ello, también habría que resaltar cómo tal siste-



ma ha traído efectos devastadores para la humanidad, para exponer como conclusión la forma desvirtuada en que se relaciona el ser humano con la Tierra bajo este mismo paradigma.

Ahora bien, habría que considerar el tema del *Patriarcado* como punto de reflexión que nos lleva a preguntar en qué consiste éste para saber qué relación en general tienen los seres humanos, y en particular los hombres con la mujer y con la naturaleza. Esta equiparación se debe a que se relaciona a la mujer con la naturaleza. Pensar que la naturaleza es femenina, y aún más, maternal, permite reflexionar sobre la relación que se tiene con la Tierra en asociación con la Madre en un mundo patriarcal; es cuestionar si afecta al medio ambiente esta asociación con lo femenino y lo maternal, porque al parecer asociar lo femenino-maternal en relación con la Tierra no está ayudando a tener pensamientos ni prácticas más ecológicos, dado que se asocia la Tierra con la madre cuando se tiene una tradición patriarcal del mundo.

El jurista suizo Bachofen (1968) plantea que, antes de la sociedad patriarcal, existía una herencia matrilineal que había sido sustituida por el patriarcado. Según Bachofen, “el principio matrilineal es el de la vida, la unidad y la paz. Cuando es madre, la mujer extiende su energía, sus afectos y su vida más allá del yo hacia otro ser humano, y proyecta todos sus actos, dones e imaginación hacia otros, con el objetivo de embellecer y procurar la vida de otro humano. El principio del matriarcado es el de la humanidad, es la universalidad que se opone al sistema patriarcal que será el de las restricciones y las normas” (p. 69).

El patriarcado nace cuando los *Kurgans* (invasores asiáticos nómadas) invaden la vieja Europa e imponen su modo de vida: el de TENER. Su atracción a la muerte y a los muertos, manifestada en el despliegue fastuoso de sus túmulos funerarios, así como la conversión de la mujer en propiedad, refuerza el modo de restricciones que impone y sostiene el patriarcado. Cuando entre los milenios 5000-4000 a. C. aparecen en Europa los *Kurgans*, armados con sus espadas de bronce y dispuestos a matar, se van imponiendo las costumbres patriarcales. Alrededor de 4 o 4.5 mil años a. C. sobreviene la invasión de los *Kurgans* a la vieja Europa y Anatolia; son hordas que han aprendido a criar y domesticar al caballo,



armadas con espadas, lanzas de bronce para matar, dominar. Implantan la cultura patriarcal indoeuropea; toman a las mujeres y a su producto como objetos de su propiedad debido a su meta de TENER y son los primeros que entierran bienes materiales de su propiedad, de modo egocéntrico, en sus túmulos, guardándolas sólo para ellos. Subdividen al *Homo Sapiens* en dos subespecies, propositiva y obviamente, desiguales (Silva, 2010, p. 23).

En esta época no sólo surge la familia como organización social, sino que también se inicia la diferenciación en la manera de vivir de los sexos. Esta jerarquía artificial viene a reafirmar de manera constante y reiterativa la permisibilidad que se tiene ante la explotación de la Madre en el hogar, y que habrá de permear en el medio ambiente. Y es que podría afirmarse que la forma en la que tratamos a las mujeres se asocia a la manera en que se trata al medio ambiente (Roach, C. 1996, p. 108). Como señala Amelia Valcárcel (1999): “El patriarcado sufrió una evolución a partir del siglo XIX dentro del pensamiento antropológico e histórico” (pp. 137-138).

Desde la concepción de Rousseau (2012), el patriarcado es la sociedad naciente que dio paso al más horrible estado de guerra (la propiedad es la causa de la guerra), mediante un género humano envilecido y desolado que, sin poder volver ya sobre sus pasos ni renunciar a las desventuradas adquisiciones que había hecho y trabajando exclusivamente para vergüenza suya por el abuso de las facultades que le honran, se puso él mismo en vísperas de su ruina. Fue la época de una primera revolución que tuvo por efecto la instauración y la diferenciación de las familias y que introdujo cierta especie de propiedad, de donde acaso se originaron ya bastantes querellas y combates (p. 180).

Para los *Kurgans* resultaba evidente señalar quién es la madre, pero no había certeza de saber quién es el padre, por ello se exige que la mujer compruebe al varón que sus hijos sean exclusivamente suyos. De aquí que el control sobre las mujeres se haya convertido, a través de la fuerza bruta y el poder para matar, en un control patrimonial.

Al parecer, el patriarcado es la respuesta a la que recurren los varones, ahora concedores de su participación en la procreación de vida huma-



na, para reprimir el miedo que sienten cuando se creen rechazados o no amados por la mujer (por su madre o pareja), quienes tienden con frecuencia a centrar su atención en el cuidado de los hijos o la crianza. O bien, puede ser por su envidia de la capacidad procreadora del útero materno. Por ello, el patriarcado reconocerá que el macho tiene el derecho de poseer muchas mujeres y de ejercer violencia física contra ellas (Silva, 2010, pp. 25-26).

De esta manera, al declararse el hombre a sí mismo como el propietario, divide la especie humana en dos y, por supuesto, él está en la cima mientras que la otra categoría queda declarada como inferior.

Los *Kurgans* pueden definirse como su nombre lo indica: “son hacedores de túmulos donde entierran a sus jefes, junto con los llamados regalos funerarios: mujeres sacrificadas que tal vez fueron esposas, concubinas y/o esclavas, las armas del jefe, los adornos de oro, plata, caballos cuyas osamentas se han encontrado” (Silva, 2010, p. 25). El hombre primitivo pierde el mundo de la pura sensibilidad de una forma progresiva e irreversible. Los obstáculos naturales a los que se enfrenta activan su perfectibilidad: el trabajo y la reflexión son sus frutos más notables. Este período humano se da el enfrentamiento entre hombre y naturaleza, lo que a su vez originará el progreso técnico, intelectual y moral. La separación entre hombre y naturaleza se irá agrandando a causa de la artificiosa noción de progreso. El artificio, que primero se interpone entre el hombre y la naturaleza, posteriormente absorbe lenta e irremisiblemente al individuo hasta hacer de él mismo también un artificio y un medio (Cobo, 1995, pp. 116-117).

Immanuel Kant (2002) desde el siglo xvii, cuando se cuestiona sobre qué es la Ilustración, afirmaba que la humanidad se encuentra en una precaria situación cuando no está siquiera en disposición de servirse con seguridad y provecho de su propia razón (p. 14). Hoy en día, la realidad nos muestra tal involución en relación con la Naturaleza. Y es que, nuestro terreno, la Tierra, se ha convertido en sendero de autodestrucción dentro del cual los humanos degeneramos las condiciones naturales con pobreza desmedida, con sobrepoblación, hambre creciente y agresiones sin precedentes que van también en perjuicio de la propia condición de las especies.



Esta gran falacia de pensar que el “progreso” ya está dado nos ha llevado a considerar que la Naturaleza puede ser la gran dadora eterna de satisfacción. Sin embargo, cabe reflexionar que la ilimitada complacencia no produce bienestar, placer ni felicidad, porque al percatarnos de que los seres humanos no somos los amos y señores, dueños de nuestras vidas, sino que somos engranes de un gran sistema burocrático-capitalista, que somete nuestros sentimientos, lazos afectivos y gustos al sistema de consumo, comenzamos a comprender que hemos sido manipulados por los medios de comunicación que el mismo sistema controla a su favor (Chomsky, 2010).

Hablar de progreso es reconocer que el “progreso” se limita a lo económico, que no es para todas las naciones, sino que sigue siendo exclusivo de las naciones ricas, mientras que la pobreza en el resto del mundo se agranda. Es reconocer que dicho “progreso” económico ha necesitado del desarrollo técnico para “dominar” y “someter” a la naturaleza, creando como consecuencia las guerras entre las naciones para apoderarse de los recursos, generándose peligros ecológicos y de destrucción que bien han podido exterminar a la humanidad, las civilizaciones y la vida misma, en general. La gran promesa del “progreso” humano y sus logros materiales e intelectuales (tanto de la gran época ilustrada como de la industrial), con su técnica y su tecnología, deben analizarse para superar el trauma que supone identificar el fracaso de este mismo “progreso” como sistema sostenible (Fromm, 2010). Erich Fromm recupera planteamientos de Albert Schweitzer como un ejemplo para exponer el problema anteriormente citado sobre la idea de “progreso”. Explica que cuando fue a Oslo a recibir el premio Nobel de la Paz en 1952, Albert Schweitzer desafió al mundo a “atreverse a enfrentar la situación” (p. 22). Él mismo señalaba en aquella ocasión que el ser humano se había convertido en un Superhombre, pero que en su poder sobrehumano no había alcanzado el nivel de la razón sobrehumana. Contrariamente, en la medida en que su poder ha aumentado, se ha ido convirtiendo, cada vez más, en un pobre hombre. Recomendaba Schweitzer, a través de su mensaje, que la humanidad debía despertar su conciencia. Señaló el hecho de que nos volvemos más inhumanos al volvernos más superhumanos.



Por ello, la pregunta a considerar sería ¿por qué continuamos en este camino autodestructivo, qué se debería estar considerando, y qué se debería hacer, para volvernos a humanizar y reparar el daño hecho a este ser vital llamado Tierra?

Sólo la existencia de estos miedos inconscientes, reprimidos, tan intensos, nos permiten entender (nunca justificar) la fuerza de la motivación que exigió ese dominio patriarcal tan imperativo, con esa severidad cruel que impone tantas humillaciones y vejaciones a la mujer: por lo visto envanece a los varones del patriarcado su control patrimonial sobre las mujeres, control por la fuerza bruta y el miedo que logra inspirar por su capacidad de matar. El patriarcado otorga al macho el derecho de posesión de muchas mujeres y hasta de ejercer violencia física en contra de ellas. Pudiera ser que la envidia de los hombres se debiera a que se sintieron superfluos e innecesarios en la comunidad matrilineal, al no encontrar un sitio comparable con las mujeres, donde hasta los dioses eran femeninos. Como dice Silva (2010): “no debe asombrarnos su reacción imaginativa, enloquecida, creando logias y sociedades secretas, cuyos terrores secretos estaban dirigidos contra las mujeres” (p. 26). Por ejemplo, hace más de cinco siglos, cuando la “brujería” apareció en los textos legales de muchos países europeos, muchas mujeres con reputación de brujas se convirtieron en el objetivo de una persecución masiva.

En la actualidad, la mayoría de los gobiernos de los países en los que se atacó y asesinó a mujeres por considerarlas brujas no reconoce este crimen. Sin embargo, en las raíces de la nueva persecución podemos encontrar muchos de los factores que ya instigaron las cazas de brujas de los siglos XVI y XVII, entre ellos la religión y la regurgitación de las inclinaciones más misóginas como fundamentos de la justificación ideológica (Federici, 2021, p. 10).

Otros ejemplos de patriarcado los podemos encontrar en la coerción que la religión islámica ejerce sobre las niñas, misma que ha incrementado el celo con respecto al uso de las normas sobre el Corán o la lapidación que aún se practica en Pakistán o Irán, el analfabetismo de las niñas en Latinoamérica es moneda corriente y, por supuesto, la actividad sexual de las mujeres, siempre como objetos de control y manipulación, habrá de desentrañar las prácticas del patriarcado moderno.



También se puede observar que en el patriarcado contemporáneo la idea de amor habrá de ser, dice Puleo (1995), un pilar de dominación masculina sobre lo femenino que refleja cómo es que las mujeres están siendo bombardeadas (*boombing*), esto es, ellas habrán de nutrir a los varones bajo una relación desigual, y ellos podrán vincularse a más de una pareja. Así, mientras ellas reciben y aceptan la idea de enamoramiento, ellos recibirán apoyo, dinero y tiempo de las mujeres que invierten y trabajan para ellos, sin que por esto reciban ellas reconocimiento, dinero o validación en reciprocidad (p. 36). El patriarcado queda definido desde ese entonces hasta nuestros días, según Warren (2001), como “el sistema social de posesión y sumisión violenta, dominante, subyugante, explotadora, excluyente de las formas distintas del valor dominante: la mujer, la Tierra, el trabajador, el débil, el otro” (p. 36). Por lo tanto, en este sistema de explotación y dominio el hombre será y es el propietario del cuerpo de la mujer.

Tal fue, o debió ser, el origen de la sociedad y de las leyes que dieron nuevos obstáculos al débil y nuevas fuerzas al rico, destruyeron sin remisión la libertad natural y fijaron para siempre la ley de la propiedad y de la desigualdad, e hicieron de una hábil usurpación un derecho irrevocable, y sometieron desde entonces, para provecho de algunos ambiciosos, a todo el género humano al trabajo, a la servidumbre y a la miseria (Rousseau, 2012, p. 183).

El patriarcado dejará de ser considerado por algunos o algunas teóricas como el pacífico y sabio gobierno de los ancianos para convertirse en el sistema de dominación y explotación que habría sustituido al antiguo matriarcado de las sociedades primitivas igualitaristas, que no conocían la propiedad privada. Tal como lo interpretara Engels (1884) entre las primeras críticas a este sistema dominante, cuando señala que esta estructura económica, social y cultural continúa imperando en deterioro de la naturaleza. Desde sus reflexiones logramos criticar al patriarcado, lo que significa abrazar dos perspectivas que se van vinculando entre sí: la feminista y la ecológica.

Françoise D’Eaubonne (1974) ha señalado que debido al patriarcado y su sistema de dominio no es posible respetar a la naturaleza, ya que no



existen las condiciones sociales que posibiliten una solución ante la crisis en la naturaleza. Pero también señala que, considerando la definición de patriarcado y sus consecuencias en relación con la naturaleza, se precisa destacar la viabilidad de la *perspectiva ecofeminista* que, como único recurso, nos permite evaluar nuestra visión para modificar la relación y el trato que tenemos con la Tierra. No siempre existe una preocupación por ésta, lo que resulta un problema lamentable pues no se dan los medios para atender sus necesidades y dificultades. En *Le féminisme ou la mort*, Françoise D'Eaubonne (1974) señala que “el feminismo es la única medida para salvar el planeta, considerando que desde esta perspectiva es posible modificar la relación entre hombres y mujeres para solucionar el problema ecológico” (p. 251). Aquí se presenta una revolución cuando “lo que se sostiene es que todo el sistema debe cambiar y no sólo el poder contenido en una estructura o en otra, pues de este modo no habrá avance”. Y es por ello que “hay que recuperar la igualdad de todos los seres vivientes” (Ídem), como ya también lo había señalado Leopold (2005).

La crítica al patriarcado nos lleva a reconocer que la naturaleza es femenina, lo cual implica recordar que es generadora de vida, que se relaciona con cada ser vivo al originarlo, proveerlo y regenerarlo. Por tanto, la Madre Tierra no sólo merece nuestra consideración, sino que exige nuestra urgente autoevaluación para admitir que es nuestra responsabilidad preservar su cuidado y reparar el deteriorado vínculo que tenemos con ella, aun en detrimento de la propia libertad humana que mal entendida y mal aplicada ha dañado y violentando la existencia de todos los seres vivos.

Por lo tanto, es necesario puntualizar que la crítica al patriarcado como modelo para enfrentar la crisis ecológica y la defensa de la Naturaleza implica examinar y aceptar que nos hemos equivocado de camino, ya que el dominio patriarcal no ha podido cumplir su “Gran promesa” (Fromm, 2010) debido a que no le ha sido posible prevenir ni la guerra, ni la catástrofe ecológica, ni el terrorismo, dado que la humanidad se ha ido desarrollando en torno al concepto de *tener*, lo que nos condiciona y subyuga a la satisfacción inmediata y, con ello, se sostiene la valía y el aprecio que se concentra en las falsas ideas que construyen el ego



humano, pues lo valioso es tenerse a sí mismo y satisfacer constantemente ese yo. Al pensar falsamente al yo como lo más significativo, se crean en el interior de este sujeto múltiples alteraciones de la realidad, enfermedades psicológicas como la lujuria y la vanidad, la avaricia y la depresión, que no se pueden evitar a menos que se trascienda este *tener* y sea reconocido el *ser* como lo más importante, que nos permite conocer nuestro interior y aceptarnos, por lo cual será posible respetar lo que se desea genuinamente, y por quien se es capaz de desarrollar las más altas capacidades humanas.

Conclusión

Resulta inevitable reiniciar el camino para la autocorrección humana, para lo cual será necesario detener la idea y la acción que generan desigualdades entre los seres vivos. No más dominio o jerarquías que desprecien a todo aquello divergente al yo patriarcal, basta de tomar la violencia como la norma, no más glorificación de la guerra, hay que iniciar con el reconocimiento sobre el poder de la mujer para cambiar la situación ecológica y de la naturaleza como dadoras de vida y regeneradoras de las especies.

Ante la necesidad de responder a lo que debemos hacer para volver a humanizarnos y reparar el daño hecho a la Tierra, así como considerar cómo podemos volver a reconciliarnos con ella, se debe considerar el hecho de que existe, dentro de la historia humana, una sabiduría matrilineal primigenia que nos enseña a ver el mundo desde una perspectiva femenina para valorar la naturaleza y reconocerla como lo más importante para el ser humano.

Por tanto, se puede señalar que el ser humano no es en este caso la víctima, sino la causa de la problemática global que no se solucionará ni con la ciencia, ni con las soluciones políticas, sino con el cambio de concepción respecto a la Tierra para comenzar a aceptar que, bajo la ley del mundo femenino, se precisa el respeto a la fecundidad y la aceptación de la libertad sobre su cuerpo, porque es aquí donde se encuentra el origen de la vida. Es olvidar el yo para convertirnos en parte de un todo natural.



Es convertirme en árbol, en mar, para vivir y convivir con él, para traer a mí la alegría de vivir, y para que sea posible perpetuar esta perspectiva a la humanidad.

Igualmente resulta confortante el reconocimiento social del matriarcado como un sistema de paz, el cual puede ser posible si se considerara matar a la Madre como el peor de los delitos y si el cuidado de la naturaleza fuera una ley. De tal forma, es imperioso reconocer que el papel de la mujer es fundamental para la solución de los conflictos en la naturaleza, y para poner límites al dominio del varón sobre los cuerpos femeninos. Hay que poner un alto a la sumisión femenina, que se origina con la pérdida de la libertad sexual y la maternidad múltiple, y asimismo hay que comprender que el deterioro ecológico es causa de la sobrepoblación, pues debido a ella los recursos naturales escasean, la pobreza aumenta y las dificultades entre los humanos y las diversas especies se agravan. Esta Sabiduría matrilineal, que equipara el papel de la mujer con el de la naturaleza (vista como una Madre), nos permite encontrarnos con ese ser que cada quien lleva dentro de sí (Gimbutas, 1989, pp. 20-21).

El papel de la mujer instruida es predominante para la solución de la crisis en la naturaleza, porque en este caso, ella sería libre de decidir sobre la cantidad de hijos y la calidad de vida que desea para sí misma y para su entorno. Es aquí donde la mujer podría hacer partícipes a otros sobre el cuidado de la Tierra. Construir sociedades matrilineales como un modelo de vida alternativo al patriarcado, adentrarnos en nuestro ser y conocer nuestro lado femenino para reencontrarnos con la Naturaleza, y vivir con ella sin pretender poseerla o necesitar continuamente de sus recursos hasta destruirla.

La forma de desarrollar ese *ser* nuestro será cuando actuamos en la realidad cotidiana sin preocuparnos por aparentar lo que no somos, consumiendo sin mesura los recursos naturales, para aceptarnos y liberarnos de las actitudes e ideas destructivas constantes. Construir el ser en libertad es amar la vida y entusiasmarse por vivirla, es amar lo que se hace. El ser se da con la autoafirmación, con la actividad independiente y con la autocrítica constructiva, que es capaz de evitar las etiquetas para volver a la inocencia y mirar el mundo con ojos nuevos, es amar una y



otra vez lo que se ha tornado viejo porque nos interesa, porque es en ese otro en donde nos miramos, es trascender ese ego que exige el constante estímulo.

Es preciso abrirse para actuar y crear en el mundo sin la preocupación permanente de la competitividad, de la ganancia o del éxito, es construir para nosotros sentimientos nuevos para renovarnos día a día y llenarnos de luz. El ser es un pensamiento constante, renovado y renovador, que vive en la experiencia. He aquí el poder de la ética medioambientalista y del ecofeminismo que nace con los valores del respeto, el amor y la reciprocidad, mismo que se gesta cuando se aprende sobre la relación que existe entre la mujer y la naturaleza, y se intenta reestructurar su sitio. Como dice Warren (1996, p. 11): “Las mujeres deben darse cuenta de que no podrán llevar a cabo su liberación ni encontrar soluciones a la crisis ecológica mientras que la sociedad continúe fundando sus modelos de relación en sistemas de dominación. Por ello, las demandas de las mujeres y los movimientos ecologistas deberán unirse para poder afrontar una reforma radical de estas relaciones básicas socioeconómicas y de los valores subyacentes de esta sociedad capitalista industrial”. Al mismo tiempo que “se precisa creer en el potencial que tienen las mujeres para encaminar la causa ecológica hacia un buen término” (Warren, 1996, p. 61).

Referencias

- BACHOFEN, Johann Jacob, *Myth, Religion, and Mother Right*, Princeton University, 1968.
- BYUNG-CHUL Han, *Loa a la Tierra*, Barcelona, 2019.
- COBO Bedia, Rosa, *Fundamentos del patriarcado moderno, Jean Jaques Rousseau*, Madrid, Col. Feminismos, Ed. Cátedra, 1995.
- D’EAUBONNE, Françoise, *Le féminisme ou la mort*, París, Pierre Horay, 1974.
- EISLER, Riane, *The Chalice and the Blade*, N. Y., Harper Collins Publisher, 1988.
- ENGELS, Friedrich, *El origen de la familia y la propiedad privada*, 1884.
- FEDERICI, Silvia, *Brujas, caza de brujas y mujeres*, Buenos Aires, Tinta y limón y traficantes de sueños, 2021.



- FROMM, Erich, *Tener o Ser*, México, FCE, 2010.
- GIMBUTAS, Marija, “Introducción” en *El Lenguaje de la Diosa*, Madrid, Grupo Editorial Asturiano, 1989.
- KANT, Immanuel, “¿Qué es la *Ilustración*?” en *Filosofía de la Historia*, FCE, 2002.
- LEOPOLD, Arthur, “Ética de la Tierra” en Margarita Valdés (Coorda.), *Naturaleza y valor*, UNAM/FCE, 2005.
- PULEO, Alicia, “Patriarcado” en Amorós Celia, *10 claves sobre mujer*, Pamplona, Verbo Divino, 1995.
- RACH, Catherine, “Ama a tu madre: sobre la relación Mujer-Naturaleza”, en Karen Warren (Ed.), *Filosofías ecofeministas*, Barcelona, Icaria, 1996.
- ROUSSEAU, Jean Jaques, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Alianza, 2012.
- SILVIA García, Jorge, “El largo peregrinar hacia la humanización” en *Revista ConCiencia*, Universidad La Salle, Núm. 12, marzo, 2010.
- WARREN, Karen, “Introducción. Filosofías ecofeministas: Una mirada general” en *Filosofías ecofeministas*, Barcelona, Icaria, 1996.
- _____, “El poder y la propuesta del feminismo ecológico” en Margarita Valdés (Coorda.), *Naturaleza y valor*, México, FCE, 2005.

